

EL PINTOR Y LAS ARDILLAS.

Érase un lugar donde el invierno era tan frío que las fachadas de las casitas se estropeaban, y se ponían feas, por eso en la primavera unos señores muy buenos



a los que llamaban los pintores, venían a ponerlas otra vez bellas... y un día ocurrió que al lado de una de aquellas casitas cortaron un árbol, donde vivían unas ardillas, las cuales al caer el árbol se pegaron un trastazo, y una de ellas se hizo daño en una patita y no pudo salir corriendo. Cuando ya se consideraba perdida... vio con alegría que uno de aquellos pintores, la acariciaba, y arreglaba su patita. Cuando llegó la tarde, - en una caja muy grande - se la llevó a su casita. Ya en su casita, nada más abrir la cajita... ¡que alegría!, unas niñas, y un niño, se pusieron a jugar con ella, y a darle cosas para comer. ¡Allí se estaba mejor que en el bosque!

Para estar más cómoda ella, le compraron una casa que le llamaban 'jaulón'. Pero allí solo entraba a dormir, y hacer sus "cositas" en una caja con arena. Un día, sus amiguitas hicieron algo que le encantó. La bañaron, y le secaron el pelo con un aparato que hacía mucho ruido, pero daba un aire tan calentito....

Pasado un tiempo se alegró mucho viendo que ponían un pequeño pino, y lo adornaban con preciosas bolas, y lucecitas de colores, y pensó que era para jugar ella...



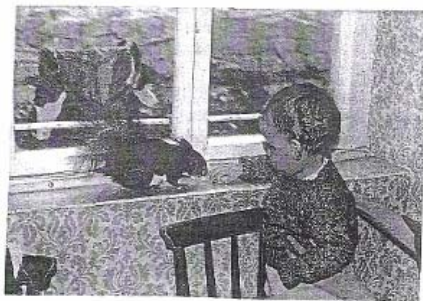
Nada más terminar, ¡saltó al pinito... y que jaleo se armó!

Las bolas rodando por el suelo, las luces dando chispazos, y de pronto, la casa se quedó a oscuras... Esa fue la única vez que le regañaron.

Cuando mejoró el tiempo, escuchaba a su buen amigo

Julito, jugando con sus amigos en el pequeño jardín...
¡Cuánto le gustaría a ella estar con la alegre pandilla!
Pero la puerta, y la escalera, le impedían hacerlo. Pero, un día - asomada a una ventana abierta - hizo un gran descubrimiento - . Unos hierros, y unas cuerdas donde tendían la ropa, estaban en todo el edificio, por aquella fachada, - y pensó que bajar por allí estaba "chupado" - ¡y así lo hizo! . Los niños se llevaron una gran sorpresa, cuando la vieron allí con ellos. Ahora, todos los días subían a por ella, como uno más de la pandilla.

Un día, Julito hizo una cosa que le costó una regañina. Le cogió a su mamá un bote con algo muy, muy rico, y moviéndose los dedos, se lo daba a comer a ella, ¡el bote era de leche condensada!



Así fue pasando su vida. Pero, la vida de las ardillas es más corta que la de los niños... y un día nuestra amiga ardilla ¡se fue al cielo!

Ahora, allí, les cuenta a sus amigas lo feliz que fue en casa de aquel bondadoso pintor y su estupenda familia.

Y como así ocurrió, ahora se lo cuenta a sus queridos niños...

El abuelito Valentín